



SHEINBAUM > COLUMNA 1

E *Sheinbaum en su hora americana*

La presidenta ha de mostrar a su vecino del norte en las próximas semanas y meses que sigue siendo la interlocutora ideal para un acomodo de “expectativas mutuas”

**SALVADOR CAMARENA**

17 MAY 2025 - 20:45CEST



Claudia Sheinbaum durante el evento Plan de Justicia en la Sierra Tarahumara, en Guadalupe y Calvo, Chihuahua, el 17 de mayo 2023.
PRESIDENCIA DE MÉXICO

La presidencia en México es unipersonal. Ese modelo lleva noventa años en vigencia. En tal periodo, ha habido tres formas de organización partidista, sin que el eje se haya cuestionado: el poder reside primordialmente en quien es titular del Ejecutivo.

Tanto en el régimen de la Revolución, [que terminó en el año 2000](#), como en la actualidad, la Presidencia de la República asume, con más o menos discreción, lo inapelable de su liderazgo. En la transición (2000-18), tal imposibilidad se hacía pasar por virtud, no lo era.

Justo es decir que las tres administraciones de las alternancias constituyen un grupo dispar de un modelo de poder fragmentado en el que limitaciones concretas —sistema de equilibrios lejos de madurar como para ser funcional— impiden un balance sobre su viabilidad.

Mientras al PRI le tomó décadas afinar la “[dictadura perfecta](#)”, el experimento del poder dividido duró solo 20 años (el tricolor perdió el dominio de la Cámara de Diputados en 1997), y en ese periodo el llamado PRIAN no cuajó un esquema alternativo al autoritarismo.



Y una de las crisis que terminó de sepultar la opción del poder dividido, y alentó la nostalgia por la idea de un régimen de presidencia fuerte, fue un mayúsculo error de política exterior por parte del gobierno de Enrique Peña Nieto: la invitación a México al candidato Donald Trump.

[Enrique Peña Nieto](#) ya acusaba un desgaste significativo cuando la elección de 2016 en Estados Unidos se le atravesó. Trump sorprendió al *establishment* de su país al quedarse con la candidatura republicana y al PRI no se le ocurrió mejor cosa que traerlo. El gabinete, para empezar, colapsó.

Luego, al ganar Trump la Casa Blanca, el equipo de Peña Nieto quiso reivindicar una inexistente clarividencia política señalando que tenían acceso al mercurial personaje. La realidad es que el PRI solo hizo más pronunciada la debacle que derivó en la victoria de AMLO en 2018.

López Obrador tuvo la capacidad de encontrar la manera de [cohabitar con un Donald Trump](#) más inexperto que él en política. Y de alguna manera supo entender que la relación con EE UU pasa por “el discreto acomodo a las expectativas del vecino” (Soledad Loaeza *dixit*).

Siguiendo lo expuesto por Loaeza en [A la sombra de la superpotencia. Tres presidentes mexicanos en la Guerra Fría, 1945-1958](#), en retrospectiva se ve que, además, Andrés Manuel descifró, cómo en su momento el PRI, “la eficacia defensiva del nacionalismo”.



Dicho de otra forma, Peña Nieto se plegó abierta y prematuramente a un Trump que ni siquiera había ganado la presidencia de su país, lo cual molestó a las y los mexicanos, que sabedores de la disparidad de poderío entre las dos naciones prefieren retórica y hasta simulación.

En cualquier caso, Andrés Manuel logró no solo sobrevivir a Trump, sino concesiones al negociar el T-MEC, trato cordial dentro de lo que cabía, y, último pero nada trivial, reactivar un viejo entendimiento de tolerancia, no exenta de sombrerazos, entre Washington y el Zócalo.

AMLO incluso llevó al límite ese espacio de autonomía cuando se hizo el remolón a la hora de felicitar al demócrata Joe Biden en 2020.

¿Fue por cortesía hacia su aliado Trump? ¿O una manera de ampliar su *leverage* frente a un Biden cuestionado por parte del electorado? ¿Olfateó acaso que una de las democracias más sólidas del mundo entraba en una nueva fase, y que regatear respaldo le permitiría abrir su juego?

De lo que hay indicios es de que, a diferencia de los gobiernos de las alternancias, Morena asumió un vector de su relación con la Casa Blanca más propio del siglo XX, más, para decirlo en pocas palabras, a lo “clásicamente” priista.

AMLO se peleó con agencias de seguridad de EEUU, resistió groserías diplomáticas como el rapto del “Mayo” Zambada, pero además de la funcionalidad de la relación, al entregar el poder a Claudia Sheinbaum también le heredó una imagen de soberanía.



El tema, obviamente, es que la versión 2 de Trump tiene poco qué ver con ese que fue el coco de Peña Nieto o con el que descifró López Obrador.

Con un staff que diario le canturrea ímpetus injerencistas, Trump 2 es prácticamente incontenible en su agenda antiinmigrante, y, conforme pasan las semanas, más urgido está de golpes espectaculares, sea contra los cárteles criminales o contra los indocumentados.

Es decir, a escasos cuatro meses de volver a la Casa Blanca, es un presidente en cuya ruta se atraviesa México y sus intereses. En pocas semanas eso fue más evidente que en la que cierra, donde se dieron hechos tan injerencistas como prepotentes.

La crónica periodística descontará que en mayo de 2025 el gobierno de la presidenta Sheinbaum tuvo que lidiar con unilaterales negociaciones de EEUU con el grupo criminal del Chapo Guzmán al tiempo que Trump amenazaba con un impuesto a las remesas.